

Los medios de defensa contra las corrupciones al final de los tiempos

Judas 20-21

biblicom.org

Como dice muy bien un autor cristiano “la Epístola de Judas desarrolla la historia de la apostasía de la cristiandad desde los primeros elementos que se introdujeron en la Asamblea para corromperla, hasta su juicio en la aparición de nuestro Señor, una apostasía moral, que transforma la gracia de Dios en disolución (laxitud)”.

En efecto, es notable que los males que caracterizan el final de los últimos días se manifestaran, de manera evidente, en la época apostólica. Como todo lo que fue confiado a la responsabilidad del hombre, fracasó inmediatamente; y, como podemos comprender por esta Epístola, el origen de este fracaso fue el abandono de la verdad. Porque había entre los santos, mezclados con ellos en sus asambleas, hombres impíos que «niegan a nuestro único Soberano y Señor, Jesucristo» (Judas 4). No era la misma situación que la descrita por Juan, que dice: «Salieron de nosotros, pero no eran de los nuestros» (1 Juan 2:19), donde eran apóstatas manifiestos. Aquí, aunque apóstatas de corazón, conservaban su lugar en la Asamblea e incluso festejaban con los santos en sus fiestas, «festejan y se apacientan a sí mismos sin temor» (Judas 12), e incluso se separaban, como los fariseos, en un grupo especial en la Asamblea. Todo esto, Judas lo indica claramente, y para nuestra advertencia; y nos corresponde a todos preguntarnos si esta Epístola profética no presenta un cuadro fiel de la situación que existe en nuestros días. Por desgracia, la correspondencia entre el presente y el pasado es incontestable, y no puede dejar de ser observada por el más sencillo de los hijos de Dios de hoy.

Admitiendo esta situación, podemos examinar los *medios de defensa* que se nos dan en Judas 20-21.

El primero consiste en *recordar las palabras de los apóstoles*, que ya hablaron de la llegada de estas dolorosas iniquidades (vean, como ejemplos, Hec. 20:29-30; 2 Pe. 2; 1 Juan 2:18-23). El Señor mismo trató de advertir y fortalecer a sus discípulos de la misma manera. Les dijo: «Os expulsarán de las sinagogas, y hasta llegará la hora en que cualquiera que os mate creerá presentar una ofrenda a Dios... Pero os he dicho estas cosas para que cuando llegue la hora recordéis que ya os había hablado de ellas» (Juan 16:2-4). Otra vez: «Porque se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y darán grandes señales y prodigios, tratando de extraviar incluso a los escogidos si fuera posible. Esto os he dicho de antemano» (Mat. 24:24-25). Con tierna solicitud por nuestra debilidad, el Señor, por medio de sus siervos, nos ha advertido de lo que cabe esperar en medio de su pueblo profeso.

De esto se desprenden 2 cosas importantes: en primer lugar, solo a *la luz de las Escrituras* podemos comprender correctamente el estado de la cristiandad profesa;

en segundo lugar, si no conocemos la enseñanza de la Palabra de Dios, estamos expuestos al error y al engaño de todo tipo. La imperiosa necesidad del momento, e instamos a ello especialmente a los jóvenes creyentes, es ser diligentes en el estudio de la Biblia para conocer las palabras de los apóstoles. ¿Cómo podríamos evaluar correctamente el estado actual de la cristiandad sin la luz que nos dan los mensajes del Señor a las 7 iglesias del Apocalipsis?

Del mismo modo, el conocimiento de las Escrituras no sirve de nada si no existe al mismo tiempo el estado de ánimo requerido; y a esto es a lo que alude Judas. Después de recordar a aquellos a quienes escribía la correspondencia entre las corrupciones actuales y las predicciones apostólicas, dice: «Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe y orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para vida eterna» (Judas 20-21).

Esto es lo que exhorta a todos los creyentes que desean estar libres de los errores comunes y de las corrupciones morales, a estar en la mente de Dios y permanecer en el círculo santo de su amor, recorriendo el camino peregrino, esperando la vida eterna en su plenitud según los eternos consejos de Dios. Y lo primero a lo que nos exhorta es a *edificarnos*. Los cimientos ya han sido puestos por la revelación de Dios en Cristo: en su muerte, resurrección y exaltación a la diestra de Dios, en las verdades esenciales del cristianismo; estas son nuestra «*santísima fe*», lo que hemos creído. Pero no podemos detenernos ahí; debemos *perseverar y seguir* construyendo sobre estos cimientos. El apóstol Pablo habla de la misma manera en presencia de errores de otro tipo:

«Como recibisteis a Cristo Jesús el Señor, andad en él, arraigados y edificados en él, y consolidados en la fe» (Col 2:6-7). Así como la seguridad de Nehemías, rodeado de enemigos por fuera y traidores por dentro, descansaba únicamente en su esfuerzo constante por reconstruir los muros de Jerusalén, la nuestra consistirá en una atención diligente a nuestro alimento espiritual, edificación y crecimiento alimentándonos de la Palabra de Dios con el poder del Espíritu de Dios.

Como en muchos lugares de la Escritura, la edificación *está vinculada a la oración*. Edificaos –«orando en el Espíritu Santo». Esto es de suma importancia para cada creyente, porque si el estudio y la meditación de la Palabra de Dios continúan sin la oración y la ayuda del Espíritu Santo, no habrá provecho ni edificación real. Se puede aumentar la luz, pero la luz sin el poder divino solo tenderá a la autoexaltación. Nunca se insistirá bastante en que un estado de ánimo (y el estado de ánimo

correcto solo puede adquirirse mediante esta dependencia lograda en la oración) es absolutamente necesario para ser edificado en nuestra santísima fe. El descuido de este estado de ánimo es una fuente abundante de peligros, como vemos tan a menudo en el caso de aquellos que se dedican a la búsqueda de la luz sin ocuparse de su estado espiritual. Tales almas son presas fáciles de Satanás, y su caída en sus tentaciones se convierte en una advertencia para todo creyente foráneo y extranjero en esta tierra. Por tanto, la advertencia apostólica debe ser tomada muy en serio por quienes desean ser aprobados por el Señor.

La exhortación «orando en el Espíritu Santo» se complementa ahora con la exhortación a «*conservaos en el amor de Dios*». De hecho, no se trata de exhortaciones separadas, sino que cada elemento de estos 2 versículos forma parte de todo el estado requerido, es decir, es una cuádruple expresión de la condición espiritual requerida para repeler las influencias malignas circundantes. La palabra «conservar», en la parte que estamos considerando ahora, es una referencia al pasado, y su significado es: Guardaos en este estado, o guardaos incesantemente en el amor de Dios. El amor de Dios, ese amor que es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado, debe llenar y reinar en nuestras almas, ese círculo santo en el que hemos de vivir y movernos y ser, un círculo en el que ningún enemigo puede entrar, y donde todo es luz, vida, paz y bendición.

Es en este círculo donde debemos esperar «*la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para vida eterna*». Todavía estamos en el desierto, y por eso podemos resentir nuestra debilidad a medida que avanzamos. De todo lo que necesitemos en nuestro camino se ocupará nuestro Señor Jesucristo; y él administrará su misericordia, que se adaptará a nuestra condición a cada paso del camino, hasta que lleguemos a la Casa de la vida eterna: la Casa del Padre. Esto es lo que entendemos por la expresión que se nos propone: en todos los peligros que nos rodean, en todas las luchas de nuestra vida espiritual, en las penas y aflicciones que jalonan nuestro camino, seremos llevados a sentir nuestra gran necesidad de misericordia; y cuando nuestros ojos se eleven al Señor, descubriremos que está dispuesto a concedérmola, y que siempre puede concedérmola hasta que le veamos cara a cara. Este es, en efecto, su servicio sacerdotal en el cielo; y así podemos, como nos exhorta el apóstol, «acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para que recibamos misericordia y hallemos gracia para el oportuno socorro» (Hebr. 4:16) –todo el camino, como hemos señalado, hacia la vida eterna.

Y podríamos añadir que la gloriosa perspectiva ante nosotros solo puede animarnos a buscar estar en el estado espiritual indicado aquí. «Esta es la vida eterna: que

te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú enviaste» (Juan 17:3). Si, pues, somos hallados apropiándonos de la muerte de Cristo (Juan 6:54), podremos entrar en el goce de la vida eterna mediante el conocimiento del Padre y del Hijo, en esa bendita Casa de los afectos divinos; pero solo cuando seamos resucitados «en el último día» seremos hallados en el estado que corresponde a la Casa en la que entonces entramos. Hoy llevamos la imagen de lo terrenal, pero entonces «llevaremos la imagen de lo celestial» (1 Cor. 15:49), «para ser conformes a la imagen de su Hijo, para que el fuese el primogénito entre muchos hermanos» (Rom. 8:29).

El estado moral y espiritual descrito en estos versículos es la mejor prevención y defensa contra cualquier error, de modo que seamos fuertes contra cualquier ataque, aunque no seamos invencibles. Necesitamos diligencia y el deseo de seguir este camino. El Señor mismo anima nuestros corazones a buscarlo, y entonces tendremos un santo discernimiento del bien y del mal (v. 22-23), y podremos unirnos a Judas para alabar a Aquel que tiene el poder de guardarnos sin flaquear, y de ponernos irreprochables ante su gloria con abundante gozo: sí, «al único Dios, nuestro Salvador, mediante Jesucristo nuestro Señor, ¡sea gloria, majestad, dominio y autoridad, desde antes de todo siglo, ahora y por los siglos de los siglos! Amén» (Judas 25).